



Las nuevas profecías

Introducción

Según numerosas profecías, la especie humana está condenada. Así lo han vaticinado durante siglos varios profetas. Muchos de ellos creían que el fin del mundo tendría lugar en 2000, pero llegó ese año y no pasó nada. Sin embargo, según los fatídicos augurios de otras tantas profecías, no podemos relajarnos mucho. El cambio climático, la guerra contra el terrorismo internacional y las amenazas procedentes del cielo son algunos de los nuevos jinetes del Apocalipsis. ¿Hay un resquicio para la esperanza? ¿Es todo un mito? ¿Qué nos aguarda a corto plazo?

Hace algunos milenios alguien, rompiendo las barreras lógicas y las espaciotemporales, tuvo una visión, una revelación que atribuyó a entidades sobrenaturales, a las que se responsabilizaba de todo cuanto no se comprendía. La comunicó a los miembros de su tribu y aguardaron a que se cumpliera. Así nació la profecía. Si las visiones eran nefastas, los pueblos invocaban a sus dioses para obtener su protección o el aplazamiento de los malos designios. Desde entonces las cosas no han cambiado tanto.

La mayoría de los expertos aseguran que las profecías se basan en la dimensión espiritual del hombre. Según la antropóloga

Carmen Bonilla, “su origen está en la creencia en dioses primigenios y en las revelaciones que nuestros remotos antepasados creían recibir de ellos a través del sueño o de visiones psicotrópicas”.

Por su parte, el psicólogo clínico Alfonso Ramírez asegura que “gracias a esas visiones—similares a las que durante siglos vivieron grandes profetas de todos los tiempos—los humanos primitivos dejaban de sentirse aislados y solos”. Por tanto, la profecía o revelación era un nexo con una entidad superior, así como una forma de romper el aislamiento. Tenemos un posible origen, de acuerdo, pero ¿qué motiva tantas profecías agoreras? Muchas de ellas, en todos los tiempos, aluden a un fuego destructor, a tierras que se abren y lo engullen todo, a cielos que repentinamente se oscurecen, a lluvias e inundaciones atroces, a enfermedades aniquiladoras... ¿Es que todo lo que puede ocurrir tiene que ser necesariamente malo? No, pero la extinción parece ser una tendencia natural.

Todo principio tiene su fin

Numerosos antropólogos han llegado a la conclusión de que las profecías agoreras existen porque tenemos miedo a lo desconocido, a no controlar el futuro, porque en muchas culturas la existencia está sometida a los preceptos de las religiones, cuyos dioses nos castigarán o premiarán al llegar el fin de nuestros días.

“Si careciéramos de espiritualidad, de las creencias en dioses y demonios, de la idea de que existe un Más Allá tras la muerte y de conceptos como la vida eterna, la reencarnación o la inmortalidad, lo proféticamente apocalíptico no tendría sentido alguno”, afirma Carmen Bonilla. Para el antropólogo Gabino Marqués, el miedo profético al fin de los tiempos es parte de una herencia mitológica:

“Los mitos hablan de un origen, de un punto de partida. Todas las cosmogonías han justificado la creación y la aparición del ser humano sobre la Tierra de una u otra forma. Y la mayoría, aceptando ese punto, cree que un día habrá un final, cree que se concluirá un ciclo. La vida que un día nació un día morirá. Y la responsabilidad de que suceda está en manos de los dioses, que, al fin y al cabo, también fueron los creadores”. Veamos dos ejemplos de ello: numerosas tribus de Oceanía conservan la creencia de que el mundo será destruido por el fuego o las aguas, dos de los elementos con los que puede fusionarse el alma o la esencia del ser vivo tras la muerte para unirse con la Divinidad. Por su parte, los persas—en concreto, los seguidores del zoroastrismo— creían que el fin de los tiempos llegaría a través del fuego. Desde el punto de vista profético debemos distinguir entre dos finales: el de la Tierra y el de la humanidad. Nuestro planeta ya ha vivido otras extinciones: por ejemplo, la de los dinosaurios hace 65 millones de años. En tradiciones como la inca, la maya, la hopi y otras de carácter chamánico, el fin se contempla como una purificación, como un punto y seguido. El planeta y sus elementos se “recolocan”, evolucionan o incluso castigan al ser humano que lo maltrata. Después, la vida sigue, aunque no para todos. En cambio, para la tradición judeocristiana, que tantos profetas y tantos augurios nos ha dejado, el fin es total, devastador, y procede del exterior. Se supone que una entidad sobrenatural nos castigará y extinguirá la vida. Ahora bien, en nuestro caso, de no ser por el Apocalipsis de San Juan, ¿dónde quedarían las profecías apocalípticas?

Un libro codificado

Cada vez son más los investigadores que piensan que el Apocalipsis es un libro codificado, pero no profético. Según esta hipótesis, alude en clave a los problemas de una Iglesia primigenia perseguida por

su enemigo, el poder de Roma, la Ciudad de las Siete Colinas, que, en realidad, es lo que representa la Bestia de Siete Cabezas. De este modo, el Apocalipsis ofrecía pautas y consejos para luchar contra el enemigo de la nueva fe, contra los viejos ritos, los dioses y las creencias considerados paganos. Pero quienes gobernaban la fe determinaron que lejos de ser un libro social, político y hasta religioso, era profético o revelado. Tras reuniones y concilios como el de Hipona (393) y el IV Toledano (633), se estableció que el texto era canónico y que, además, quien lo cuestionara o negase sería excomulgado. Durante años se ha buscado por todas partes la marca del 666 anunciada en el Apocalipsis. Se ha alentado, temido y hasta manipulado el milenarismo –que ya fue utilizado por el papa Urbano II para declarar que había tenido una visión divina y de este modo ordenar las Cruzadas–, se ha asociado el fin del Papado al del mundo y se nos ha dicho después que debíamos esperar el gran final para el año 2000. ¿Qué hay de todo ello? El Apocalipsis ha servido para que miremos con temor las profecías de San Malaquías y esperemos con recelo a comprobar qué ocurrirá tras el último papa. Según este profeta, solo quedan por llegar dos papas, que bautiza como Gloria del Olivo y Pedro el Romano. Tras el último, supuestamente, llegará el Anticristo, el fin de la Iglesia católica y, por extensión, el del mundo. Al ser designado Papa, Joseph Ratzinger tomó voluntariamente el nombre de Benedicto XVI en honor a Benedicto XV, fundador de la orden benedictina u olivatense, cuyo símbolo distintivo es una rama de olivo. ¿Señal profética o simple coincidencia? De un modo u otro, es fácil identificar al actual papa con la Gloria del Olivo. Pero veamos otros supuestos signos del fin de los tiempos.

El freno de la cruz

Según los profetas alemanes del siglo XVI, “cuando se rompa el freno a la cruz comenzará el fin del mundo”. El freno a la cruz era la instauración de las teorías de Lutero, quien, por cierto, dijo sobre el Apocalipsis lo siguiente: “De ninguna forma he podido detectar que el Espíritu Santo lo haya producido”. Pues bien, Benedicto XVI es el primer papa alemán después de quinientos años y procede de un país marcadamente protestante. ¿Ha roto este papa el freno a la cruz en Alemania? ¿Estaba profetizada su llegada al poder? ¿Su advenimiento es una señal de que todo está a punto de acabar? Pero hay otros supuestos signos. El profeta Nostradamus escribió lo siguiente: “Por mar el rojo será capturado por piratas. La paz estará por ello en peligro: la ira y la avaricia cometerán por santo acto, al Gran Pontífice será el ejército doblado”. Para muchos, esta cuarteta supone una clara alusión a una situación de turbulencias que pueden marcar el fin de la Iglesia y, con él, la destrucción del mundo. ¿Sabían que Benedicto XVI tiene predilección por el color rojo? ¿Es él quien será capturado por piratas? ¿Por qué en el escudo papal del actual pontífice aparece la figura de un musulmán con una argolla pirata en su oreja? Puede que todo esto sean simples coincidencias, pero no lo es que la organización terrorista Al Qaeda ha amenazado al Papa este año. ¿Son ellos los piratas? ¿Conocen los terroristas esta profecía y quieren utilizarla para sus oscuros fines? Tal vez Benedicto XVI ha querido desafiar al destino, a los profetas y a sus augurios y simplemente está jugando a “cuadrar” los acontecimientos para demostrar que no hay nada que temer. Pero ¿y si fuese este el penúltimo papa? Habrá que esperar para saberlo

Libro del Apocalipsis

La creencia de que el Apocalipsis es un libro revelado también ha servido para que muchos busquen al Anticristo por todas partes. Durante décadas se dijo que Napoleón, Hitler, Mussolini y Sadam Husein, entre otros personajes históricos, eran personificaciones del Mal (con mayúsculas). Y ahora le ha tocado el turno a Osama bin Laden. En 2001 un nuevo anticristo aparecía ante el mundo. Para Estados Unidos Bin Laden es una de las bestias de lo que han bautizado como “eje del mal”. Un militar estadounidense llegó a comentar: “Si no hubiera existido, habríamos tenido que inventarlo”. ¿Lo hicieron? En 1962 una vidente estadounidense, Jean Dixon, para muchos vinculada a los servicios secretos de Estados Unidos—la llamaban La pitonisa de Washington—, tuvo una revelación sobre lo que ella creía que era el Anticristo. Curiosamente, la vida y las obras del protagonista de su visión coinciden en muchos aspectos con la vida y las obras de Bin Laden: su vinculación a los servicios secretos de Estados Unidos, la fundación de Al Qaeda y su postura de rebeldía hacia quien lo había entrenado. ¿Estaba todo programado o fue una auténtica y perfecta visión de esta mujer? Y es que el problema de las profecías reside en la visión, que suele ser única, personal y hasta subjetiva, cuando no manipulable. El profeta ve algo, pero ¿qué cuenta de todo lo que ha visto? ¿Sabe narrarlo de forma objetiva? ¿Qué fiabilidad tiene lo que explica? Las personas que se someten voluntariamente a un estado de trance o de alteración de la conciencia mediante la ingesta de psicoactivos o a través de ceremonias chamánicas se encuentran al “regresar” con un problema notable: la dificultad para traducir en conceptos tangibles todo lo que han vivido. Imaginemos entonces lo que puede suponer un estado de trance involuntario. Durante siglos el don de la profecía ha estado en manos de unos pocos. No todos sabían escribir y sus predicciones se divulgaban a través de la tradición oral, con las alteraciones que esto entraña. Después, cuando las profecías quedaron reflejadas por escrito, no estaban al alcance de todo el mundo, solo al de quienes en teoría estaban “capacitados” para comprenderlas y divulgarlas. Lo malo es que con ello también se adjudicaba la facultad de manipularlas o utilizarlas a conveniencia. Así pues, la interpretación de una profecía está sujeta a la fiabilidad de la visión profética, a los miedos, los anhelos y las subjetividades del profeta, de quienes reciben sus profecías y de quienes las interpretan.

Herramienta de conocimiento

Hemos pasado de mostrar un temor reverencial hacia las profecías y hacia los profetas a considerarlos una singularidad más de la especie humana, de escudriñar y leer textos prohibidos sobre los que se han hecho cientos de cábalas a tenerlos como valores de referencia que hablan de las preocupaciones de toda una época. Las profecías han iniciado—en especial después de que todas las relativas al año 2000 hayan fallado— una espiral de caída libre y se han convertido en un entretenimiento, cuando no en algo digno de desprestigio. ¿Es correcta esta visión? Seguramente no. Más allá de los fallos, los resultados, los presagios o las características de los profetas y sus vaticinios, el estudio de las profecías se ha convertido en una herramienta esencial para entender al ser humano. A través de las profecías podemos efectuar un viaje por nuestros miedos y nuestras incertidumbres más atávicos, podemos conocer mejor los tabúes, los dioses, los valores sociales y espirituales e incluso la visión sobre el futuro y los que nos rodean. No falta demasiado para que cambiemos de año. Caminamos hacia 2009 pensando en el gran final, que para muchos acontecerá en 2012, según las profecías mayas. Un fin que no parece tal, sino que se antoja más bien como un tiempo de metamorfosis, pero no una extinción total. Sin embargo y según el profeta coreano Song Ha—nacido en 1845—, en 2007 debía producirse una gran contienda casi apocalíptica entre Estados Unidos y Corea del Norte que se convertiría en el primer paso hacia el fin del mundo. Pero no ocurrió nada. ¿Podemos ya creer a este místico y sus augurios bélicos para 2010? ¿Con qué han conectado los visionarios y los profetas religiosos que han visto fuego en el cielo, aguas engullendo la tierra y a la humanidad pereciendo? Quizá han visto algo que no está tan lejano, pero lo han atribuido de manera errónea a lo que les dictaban sus creencias.

Los cuatro jinetes

Una hipótesis asegura que los cuatro jinetes que anuncian el final de los tiempos son el ocaso del Papado, el cambio climático, la caída de un meteorito y una atroz guerra mundial. ¿Es la lucha contra el terrorismo internacional el preámbulo al cuarto jinete? Pongámonos en lo peor y, después de haber analizado los asuntos del penúltimo papa y de Al Qaeda, contemplemos ahora las otras dos opciones: la amenaza del cambio climático y la del espacio. Los indios hopi, los mayas, los incas y muchos profetas

occidentales, como Rasputín o Gordon Scalion, han vaticinado que la Madre Tierra acabará con el ser humano a no ser que este revise su conducta y deje de agredirla. ¿Podemos tomar esto como una profecía o se trata de una advertencia de marcado carácter ético y moral? Veamos un par de ejemplos. Según las profecías incas, “la tierra se estremecerá, el aire se llenará de huracanes y tornados, el océano tendrá grandes olas y el Sol provocará gran calor”. “Las aguas arrasarán las tierras, el Sol abrasará y dejará ciego a quien lo mire, los animales serán emponzoñados por culpa del aire y los humanos no sabrán bajo qué piedra esconderse”, auguró Rasputín. A estas alturas casi todos tenemos en mente el cambio climático, sabemos cómo puede afectar al planeta y que lenta, muy lentamente, se están poniendo en marcha algunas medidas para ralentizar, que no detener, un proceso que a todas luces parece irreversible. Uno de los personajes que, en teoría, se adelantó en el tiempo y nos advirtió de ello fue Juan de Jerusalén.

En uno de sus muchos pasajes proféticos podemos leer lo siguiente: “Las enfermedades del agua, del cielo y de la tierra atacarán al hombre y lo amenazarán; querrá hacer nacer lo que ha destruido y proteger su entorno; tendrá miedo de los días futuros, pero será demasiado tarde; el desierto devorará la tierra y el agua se hallará cada vez a más profundidad y algunos días se desbordará llevándose todo por delante como un diluvio”. Es cierto que los fenómenos naturales cada vez nos afectan más. Basta con recordar el reciente tifón de Birmania, el terremoto de China y las erupciones del volcán Chaitén de Chile del pasado mayo. Este último incluso se creía extinguido. Se calcula que su última erupción tuvo lugar en el año 7420 a.C. La nube de ceniza –como muestra una fotografía vía satélite de la NASA– llegó hasta el Océano Atlántico y se cree que contribuirá al enfriamiento del clima. Es “solo” un volcán, pero ¿qué pasaría si esto mismo sucediera con varios al mismo tiempo? ¿Hasta qué punto sus emanaciones podrían generar una auténtica catástrofe global? En el siglo pasado el profeta Oso de Sol, adscrito a la nación nativa de los chippewa, dijo lo siguiente: “Y pregunté al Espíritu por los terremotos y los fuegos y las desgracias y las tempestades, y si estas cosas pueden cambiarse y por lo que pasará. El Espíritu dijo que ya está pasando (...). El tiempo vendrá cuando la hermana pequeña hable y el abuelo conteste. Y la tierra se unirá al océano”. La “hermana pequeña” y “el abuelo” son dos potentes volcanes americanos que forman parte de una cadena. La hermana es el monte Santa Helena, un volcán relativamente joven que se formó hace 40.000 años y que está considerado el más activo de los últimos 10.000. El abuelo podría ser el monte Rainier, el volcán mayor de la zona, o “su hermano”, el monte Hood. Ambos están a unos 80 km de la “hermana pequeña”. ¿Qué pasaría si todos mantuvieran una “conversación” y entraran en erupción en cadena? Una explosión así no solo generaría terremotos de gran magnitud, sino la liberación a la atmósfera de cientos de toneladas de ceniza y polvo. ¿Consecuencias? Mejor no pensar en ellas.

Profecías mayas

En teoría, los próximos cuatro años son claves. Así los describen las profecías mayas:

2008: Año de la transformación. El ser humano comenzará a darse cuenta de que debe cambiar su mundo para protegerlo. No sabemos si está pasando o no, pero últimamente, como por arte de magia, todos los coches que se anuncian en televisión son “ecológicos”...

2009: Año de la dualidad, de vida y muerte, de guerra y paz. Según los mayas, las energías hostiles se unen contra las que no lo son. ¿Podemos esperar un nuevo gran conflicto internacional?

2010: Año de ver florecer las semillas. Para este año se vaticina la aparición de grandes gurús y nuevos líderes o personajes públicos que impactarán en la opinión pública mundial.

2011: Año de la solidaridad, la familia, la alianza y la unión. Tiempo de grandes acciones colectivas.

2012: Año del “parto planetario” que nos conducirá al nuevo Sol.

El fin ...que nunca llegó

Por fortuna, los errores predictivos sobre el fin de los tiempos superan a los aciertos. Es como si desde hace unos siglos el ser humano se hubiera obsesionado con poner a su propia especie una fecha de caducidad. Veamos algunos ejemplos:

San Clemente: año 90

Varias leyendas y profecías medievales: año 1033

Auaduddin Alí Anvari (profeta y místico persa): año 1185

Johannes Stoeffer (astrólogo alemán): año 1524

Salomon Eccles (místico británico): año 1665

¿Con qué conectan los profetas?

¿Con Dios? ¿Con la esencia del Universo? ¿Con el inconsciente colectivo? ¿Con su propia mente? Hay teorías para todo, alguna verdaderamente interesante o, al menos, imaginativa. Veamos algunas de las más conocidas:

1. Recuerdos mitológicos: El profeta rompe la barrera del tiempo y cree tener una revelación procedente del Más Allá que le vincula a dioses o entidades sobrenaturales. Entra involuntariamente en un estado alterado de conciencia que le permite distorsionar los inputs sensoriales de su presente y acceder a un universo paralelo. Tiene una percepción que, al salir del trance y ser narrada, ha sido moldeada con los códigos, los mitos y las leyendas, muchas veces de marcado carácter moral, de su cultura. Así, el profeta no cuenta lo que ha visto, ya que difícilmente sabe explicarlo de manera objetiva, sino lo que cree que ha visto.

2. Recuerdos genéticos: Esta interesante teoría afirma que el profeta conecta con parte de la información simbólica guardada en sus genes, que constituye una herencia procedente de las miles de generaciones que le han precedido. Según esta hipótesis, hay un dato que conservamos todos los humanos en nuestro interior: el pánico a los fenómenos atmosféricos y meteorológicos adversos y espectaculares vividos en el origen de la humanidad y también temores que han quedado grabados en lo más profundo de nuestro código genético y que conforman nuestros miedos más ancestrales; el horror a la vacuidad, a la muerte. Ello justificaría muchas de las grandes desgracias auguradas por los profetas a lo largo de los tiempos y la sensación de la llegada del fin del mundo.

3. Proyección del psicotabú: Se basa en que el profeta realmente no profetiza, sino que, obsesionado por el futuro y temeroso de lo que está por llegar, alcanza ciertos episodios de crisis emocional que le conducen a tener visiones a caballo entre la experiencia psicoactiva y la onírica. En ellas cabe la posibilidad de que viaje a un hipotético futuro, pero ¿es real o lo ha creado con la fuerza de sus tabúes?

4. Proyección en el tiempo: La auténtica profecía es aquella en la que el sensitivo rompe las barreras espaciotemporales y obtiene una visión que muchas veces le resulta ajena, pues no tiene una relación directa ni con su fe, ni con sus miedos, ni con la sociedad en la que vive.

¿Adivino o profeta? Diferentes oficios

Hay algunas diferencias esenciales entre adivino y profeta. Comprenderlas es importante para entender la naturaleza profética.

El adivino

1. Es un augur activo, es decir, que puede escoger el método de adivinación que empleará: cartas, huesos, sangre, vísceras, fuego, etc.
2. Puede determinar en qué lugar sagrado, mágico o especial va a efectuar la ceremonia adivinatoria.
3. Puede dirigirse al oráculo, pedir una señal y buscar una respuesta concreta sobre el tema que le preocupa.
4. Está al servicio de lo mundano, lo humano y lo terrenal.

El profeta

1. Es un augur pasivo, es decir, recibe la revelación sin provocarla.
2. La visión aparece de manera espontánea en cualquier momento y lugar, aunque preferentemente en los que hay cierto recogimiento o intimidad.
3. Recibe información que no siempre es la que le interesa o sobre la que ha preguntado.
4. Como mensajero de los dioses, está sujeto a preceptos sobrenaturales.

2012: El Armagedón maya

El calendario maya termina de forma abrupta 5.125 años después de iniciarse lo que los mayas denominaron “era del quinto Sol”. Hay muchas interpretaciones para esto. Una es que justo en ese momento, que se producirá el 21 de diciembre de 2012, el Sol recibirá un rayo desde el centro de la galaxia. Entonces el Astro Rey emitirá una llamarada brillante—se supone que sufrirá una erupción solar notable— que acabará por afectar a la Tierra. Los mayas pronosticaron que este acontecimiento vendría precedido de numerosos cambios. El último terremoto de China provocó 69.000 víctimas, lo ocurrido en Birmania 77.000 y tras ello se han producido movimientos sísmicos en Japón y Grecia. ¿Son estas algunas de las señales vaticinadas? Para intentar averiguarlo hemos entrevistado a Adrian Gilbert, autor de Armagedón

2012 (Zenith) y uno de los investigadores que más sabe sobre las profecías mayas.

Los mayas anuncian un fin del mundo para 2012. ¿Se trata del fin de un tiempo, de una forma de vivir o del planeta?

No hay una respuesta clara. Personalmente, creo que nos dirigimos al mayor cambio vivido en nuestro planeta en los últimos 13.000 años. La capacidad de nuestra mente va a incrementarse y seremos conscientes de la “voluntad de Dios”. Nuestro modo de vida está a punto de cambiar. Vamos a comprender mejor nuestro propósito como especie y qué lugar ocupamos en el Cosmos. Como dice la Biblia, será el momento en el que la paja será separada del grano.

¿Lo que ha ocurrido recientemente en Birmania y China forma parte de los ciclos del planeta o cree que son señales del cambio que se avecina?

Las catástrofes naturales han ocurrido siempre. Lo que es nuevo es el hecho de que el planeta soporta una población mucho mayor e incluso los cambios globales menores pueden tener un inmenso impacto muy lejos de donde se originan. El mundo está en el filo de la navaja. Nuestra organización como civilización es frágil.

¿Los próximos años serán especialmente violentos desde el punto de vista climatológico?

Así lo creo. Vamos a atravesar un período climático cambiante, pero no tendrá nada que ver con los gases de efecto invernadero. Los cambios vendrán, como anuncian los mayas, del Sol y de la energía que emite. El Sol recibe hondas y partículas del espacio y transforma la energía de estas en luz, calor y otros flujos energéticos. Además, debemos esperar un cambio de los polos magnéticos de nuestro planeta. Ya ha sucedido otras veces. La diferencia es que, por primera vez en la historia, sabemos lo que va a ocurrir. Son procesos naturales. Al fin y al cabo formamos parte de un todo, no somos el centro de la galaxia. Nuestro planeta es como una mosca en la piel de una vaca. Solo con humildad y acostumbrándonos a pensar que no somos la única inteligencia del Universo podremos entenderlo y afrontarlo.

Muchas culturas precolombinas aluden a la intervención de seres de otros mundos en nuestro proceso evolutivo. ¿Dijeron los mayas sí en el ocaso de los días recibiríamos ayuda desde fuera de la Tierra?

Soy fan de la serie Stargate y estaría bien pensar que existen extraterrestres elevados que nos protegen del mal, aunque entonces también existirían los involucionados... Somos espíritus en tránsito por este mundo, que no es sino una escuela. Por tanto, no estamos subyugados al espacio ni al tiempo. Somos espíritus que, como apuntan muchas religiones, precisan de un cuerpo temporal para evolucionar. Luego acontece la muerte y prosigue el ciclo de la existencia a través de las reencarnaciones que nos unen al Padre. No podemos escapar de nuestro destino con vida, con este cuerpo, ni siquiera Jesús pudo hacerlo.

Ningún alienígena puede salvarnos de lo inevitable. Creo que la “ayuda” externa puede venir de otras entidades más elevadas a las que muchas culturas llaman ángeles y que, en definitiva, tienen la misión de ayudarnos en el devenir de los procesos que nos toque vivir en nuestro desarrollo diario. Pienso que se nos va a ofrecer la oportunidad de vivir de otra manera, pero no debemos esperar una gran nave espacial bajando del cielo, sino algo más sutil.

¿Qué pasará en 2013?

Dependerá mucho de nuestra actitud. Para algunos será como entrar en un nuevo Jerusalén y para otros, simplemente, seguir viviendo en la Tierra. No hay una respuesta clara y no creo que el cambio sea total y absoluto. Nuestro modo de vida actual es insostenible. A partir de 2013 tendremos las herramientas para construir un nuevo futuro y escoger entre lograr que nuestra civilización evolucione o

que vuelva a la época de las cavernas. Yo no veo un camino intermedio.

Piedras del cielo

Durante siglos se ha creído que las piedras que caían del cielo eran enviadas por los dioses para castigar a los seres humanos. Y, aunque en el siglo XIX los científicos de la Academia Francesa de Ciencias dijeron que “las piedras no pueden caer del cielo sencillamente porque en el cielo no hay piedras”, los hechos demuestran todo lo contrario. ¿Debemos temerlas? Veamos algunos vaticinios que hacen referencia a amenazas procedentes del cielo: “Nada escapará al furor de las llamas el día en que el cielo y la tierra se confundan en una sola hoguera”, dijo el poeta romano Lucano.

“Llegará el tiempo en que el Sol lllore sobre la tierra y sus lágrimas caerán como chispas de fuego quemando las plantas y los hombres, y bajo el Sol encendido el gélido frío apagará la vida”, sentenció Rasputín. “Una estrella se expandirá, creciendo y crepitando como el fuego de la hoguera. Su luz lo cubrirá todo. Su luz llegará a nuestro horizonte y cegará nuestros ojos.” Así lo auguran las profecías iroquenses. En diciembre de 2004 la comunidad científica anunció el hallazgo de un asteroide que inicialmente llamaron 2004 MN y después 99942 Apophis. Para muchos es la roca del juicio final de la que han hablado los profetas a lo largo de siglos. Se trata de un meteorito gigante de más de 300 m de diámetro, que equivalen a siete campos de fútbol o —lo que es lo mismo— a 46 millones de toneladas. Su poder destructivo es semejante a 850 toneladas de TNT, algo así como 80.000 bombas atómicas. Pasará a 36.000 km de la Tierra, a un “tiro de piedra” si consideramos que la distancia entre nuestro planeta y la Luna es de 384.000 km. La piedra celeste orbitará cada vez más cerca de nosotros en cuatro fechas que para muchos son una alegoría de los cuatro jinetes del Apocalipsis: 2013, 2021, 2029 —año en el que se calcula que puede ejercer una notable influencia en nuestra órbita— y 2036, fecha en la que no es desestimable un impacto a 50.000 km por hora con unos efectos casi tan devastadores como los que provocó el meteorito que acabó con los dinosaurios. Antes de ello, en sus otros tres “roces” puede alterar el buen funcionamiento de nuestros satélites y provocar un caos inimaginable hasta la fecha. ¿Es ese el fuego de los cielos anunciado por los profetas de todos los tiempos?

4 de Mayo de 2012

Por suerte, puede que las cosas no sean tan nefastas. Juan de Jerusalén, que tantas y tan variadas desgracias ha vaticinado para la humanidad, dejó escrito: “Llegados plenamente al año mil que sigue al año mil los hombres habrán abierto por fin los ojos, sabrán que lo que golpea a uno hiere al otro. Los hombres formarán un cuerpo único del que cada uno será una parte ínfima (...). Se comunicarán entre ellos y los sueños serán compartidos. Y vivirán tanto tiempo como el más viejo de los hombres (...). El hombre conocerá un segundo nacimiento; el Espíritu se apoderará de las gentes. Entonces se anunciará el fin de los tiempos bárbaros”. ¿Una quimera? Tal vez ya esté comenzando a producirse esta segunda etapa y estemos caminando hacia ella. En cualquier caso, a día de hoy nada nos garantiza que no entre en erupción un supervolcán, que no haga impacto un gran meteorito o que no se produzca un fuerte terremoto capaz de aniquilar la vida sobre la Tierra en pocas horas. El 4 de mayo de 2102 es la fecha fatídica para el siglo que viene. Una roca llamada 2004 VD17, con un billón de toneladas de peso, es un regalo cósmico que nos manda el cielo. Es probable, que no imposible, que impacte contra el planeta. Esto sería equivalente a detonar todo el arsenal nuclear existente en la Tierra. Por si no fuera suficiente, según algunos cálculos científicos, vendrá de la mano del asteroide 2907, que, con más de un kilómetro de diámetro, tiene muchas posibilidades de impactar contra nosotros el 16 de diciembre de 2880.